

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Un mes..... 1 pesetas.

Tres meses... 2,50 »

Seis meses... 5 »

Un año..... 9 »

Número atrasado. 50 cént.

Número suelto... 15 »

EXTRANJERO.

Un trimestre... 5 pesetas

Un semestre... 9 »

Un año..... 15 »

ULTRAMAR.

Seis meses... 3,50 pesos.

Un año..... 6 »

EL CABECILLA



PERIÓDICO MONTARAZ DE PURA RAZA.

(SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.)

REDACCIÓN.

DIRECTOR GERENTE

ADMINISTRACIÓN.

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.º

D. RAFAEL BALANZÁTEGUI,

Cuesta de Santo Domingo, 12, ent.º izq.º

AL CUAL SE DIRIGIRÁ TODA LA CORRESPONDENCIA.

La Redacción de EL CABECILLA se asocia, con todo el entusiasmo de su alma católica y española, a la piadosa peregrinación que sale de Madrid para visitar el sepulcro de la inclita Doctora, hija predilecta del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, a la cual pedimos que interponga su eficaz mediación con Jesucristo Nuestro Señor, para que terminen las amarguras de la Iglesia y del Pontificado, las desdichas de nuestra querida patria, y la discordia que la ceguedad y malicia de los hombres ha producido entre los católicos españoles.

RETRATO DE CUERPO ENTERO.

«DE TODAS VERAS, Y PARA SIEMPRE, ME HE APARTADO, DESDE EL 21 DE ABRIL, DE LA VIDA POLÍTICA.»

(Carta del Sr. Nocedal á D. A. Aparisi y Guijarro en 1872.)

EL GRAN DISOLVENTE.

Se lo dijo Aparisi en imperecedera carta y con frase gráfica: «V. no atrae, rechaza: no une, disuelve.»

Tan grande es la verdad de la frase, como pequeño el hombre á quien fué dirigida.

No hay ni ha habido jamás en España un hombre más incapaz de crear nada, ni más adecuado para disolverlo todo.

Donde quiera que él ha puesto la mano, ha asomado la cabeza el monstruo de la discordia primero, el monstruo de la disolución después.

Con una ambición más extensa que su entendimiento, y una soberbia superior todavía á su ambición, el hombrecillo bracea constantemente para dominar las dificultades que su impericia le presenta á cada paso que da, y como las dificultades están siempre por encima de sus fuerzas, el hombre pasa la vida en lucha perpetua contra todo el mundo, y llega á persuadirse de que todo el mundo le odia porque le envidia, cuando realmente nadie más que él se levanta á sí mismo los obstáculos, y nadie es más enemigo que él de sí mismo.

Su necesidad es de tal especie, que carga la escopeta, la pone en manos de su adversario, y luego se enfurece, y chillá, y pateá, porque el adversario le dispara. ¡Y á esto se llama un hombre listo!

No hay como él para escribir de corrido cartas que le comprometan.

No hay como él para hacer en público afirmaciones solemnes, que al poco tiempo se le han de volver contra él mismo. No hay quien menos sepa disimular sus pretensiones, ni quien con más claridad descubra el objeto á que se dirige. ¡Y ese hombrecillo tiene pretensiones de estadista!

A su lado, Romero Robledo es un grande hombre. A lo menos sabe ganar amigos, cosa que el otro, tan ignorante como Romero en todo lo demás, no ha sabido nunca.

Desafiamos á que se nos recuerde una época en que el partido carlista se haya encontrado en una situación tan deplorable como la presente. Ni en lo más

recio de sus desventuras, cuando los príncipes morían uno en pos de otro después de una desdichadísima intentona; cuando D. Juan, mal aconsejado, se pasaba al enemigo, y la España tradicional no veía como simbolo de sus sentimientos más que á un niño inexperto y completamente desconocedor de las personas y de las cosas españolas, se halló el partido carlista tan desgarrado y tan infeliz como está desde que el hombre providencial se encargó de dirigirlo.

¿Por qué? Por dos razones: la primera y principal, por la naturaleza de ese hombre que no sirve para director de ninguna cosa; y la segunda, porque el partido carlista no ha tenido jamás directores, antes bien él es el que en cierto modo ha dirigido constantemente á sus jefes naturales.

Los periódicos liberales, que no conciben la unión sino por la fuerza de la disciplina, y no por la fuerza de los sentimientos y las convicciones, se han escandalizado de que el partido más monárquico de España haya tenido el valor de decir que no ha menester jefatura de ninguna especie, porque él se basta y se sobra para dirigirse. Pero los periódicos liberales ignoran que el partido carlista es ante todo y sobre todo católico, y como católico, se somete incondicionalmente á la dirección de la Iglesia y de sus Apóstoles, con la cual sumisión asegura su perfecta unidad por una parte, y por otra posee un criterio infalible, como procedente de la misma Iglesia, para saber si sus jefes políticos, sean ó no Príncipes, hablan, obran y mandan con arreglo á las inmutables doctrinas del catolicismo.

¿Qué dirección necesita, pues, un partido que cuenta con la dirección suprema de la Iglesia en todo lo sustancial, comprendiendo en lo sustancial hasta el orden político, y que en lo accidental y de conducta no ha de hacer nunca otra cosa sino lo que le convenga?

Desde la lucha en las elecciones hasta la guerra en las montañas, no hay movimiento ninguno, no hay acción ninguna que no dependa exclusivamente de la voluntad del partido. Si el partido no quiere ir á las elecciones, como si no quiere ir á las montañas, ¿habrá nadie, ni Rey, ni delegado, ni general que le compela á ello? No, señor. Luego él es en realidad quien manda en todas estas cosas de detalle, como la Iglesia es la única autoridad soberana en todas las cosas de doctrina. Y porque el partido carlista no vaya á las elecciones cuando se lo manden, ni tome las armas cuando se lo ordenen, ¿dejará de ser partido carlista? ¡Qué simpleza! El partido carlista será siempre lo que es mientras permanezca completamente sumiso á las enseñanzas de la Iglesia, y crea que éstas tienen su aplicación política en la monarquía tradicional, representada en la familia de D. Carlos. Con esto basta para ser carlista, y excelente y firmísimo carlista, aunque el que lo sea de este modo haya sufrido dos mil excomuniones consecutivas de cualquier ex-ministro liberal tan mentecato como el de la plazuela de Trujillos.

xx
Pero entonces, ¿á qué queda reducida la autoridad de D. Carlos? se nos dirá. ¿Donosa preguntal A lo que ha quedado reducida siempre la autoridad de todos los Príncipes proscritos. A esperar que sus partidarios los lleven al trono cuando puedan: ya moviéndose dentro de la legalidad, como las circunstancias y la conveniencia aconsejen, ya apelando á la fuerza, cuando la hos-

tilidad del adversario así lo determine. Ni más, ni menos. ¿Puede acaso el Príncipe obligar á nadie, ni material ni moralmente, á que vaya á votar ó á que coja un fusil? Lo único que tiene que hacer es enterarse bien del espíritu que reina en el partido, del mayor ó menor ánimo que tiene para trabajar por su triunfo, y aprovechar ese estado moral inclinándolo hábilmente á hacer aquello que parezca más adecuado para conseguir el fin que debe proponerse. No hace otra cosa el Conde de Chambord; no hicieron otra cosa Carlos V y Carlos VI, de honradísima memoria. Y, para hacer esto, con dulzura, con amor, con delicadeza extraordinaria, como debe hacerlo el que llama á todos, porque de todos necesita, según frases del mismo D. Carlos en su famosa carta á D. Alfonso, ¿á qué viene hablar del principio de autoridad y del deber de la obediencia, que hacen tan al caso como los artículos de la Ordenanza?

Sentado había de estar D. Carlos en el trono, y no habría de ser ni podría ser su autoridad lo que su neocio apoderado dice.

Un Rey, al fin y al cabo, dentro de un gobierno católico, no es más que el supremo administrador del Estado. Todo lo que atañe á la conciencia, á la personalidad moral del hombre, es de la Iglesia; lo que se refiere á los intereses materiales, es del Rey. Conservador del orden público; celoso guardián de la ley que debe hacer respetar á todos por igual; depositario fidelísimo del Tesoro del pueblo; escudo de la dignidad, de la honra y de la libertad de los ciudadanos, el Rey es el Obispo exterior que con la espada de la justicia, justicia que él no define, vigila noche y día por la salud y el bienestar de su pueblo.

Tal es, en dos palabras, toda esa aparatosa doctrina de la autoridad y de la obediencia con que nos están rompiendo los oídos esos intransigentes de última hora, cuya pureza y escrupulosidad de principios no les impide llenar el estómago con los mendrugos que les arroja el gobierno liberal, á quien ellos lealmente sirven.

Y porque estas ideas rudimentarias son completamente desconocidas del hombrecillo de las excomuniones, anda todo revuelto y perturbado, como si el mismo diablo, vestido de integro, se hubiera decidido á dirigir en persona á la comunión carlista para disolverla.

Pero no la disolverá, porque aunque puede ser trastornada, el instinto católico y español de nuestra gran comunión la defiende de todos los disolventes, hasta de los que se fabrican en la Plazuela de Trujillos con la cooperación de filosofastros ilustres que no han tenido el honor de conocer nunca al sentido común, y menos aún, al partido carlista.

UN ARTÍCULO TRASCONEJADO.

El 5 de Marzo del presente año de 1882—domingo por más señas—publicó *El Día* un curioso artículo intitulado «D. Cándido Nocedal.»

«D. Cándido Nocedal.» periódicos carlistas no dieron cuenta de semescrito; los unos, porque siendo afectos á la perdedora de D. Cándido, no habían de reproducir un artículo en que se referían ciertos curiosos detalles de vida ordinaria; los otros, porque se habían propues-